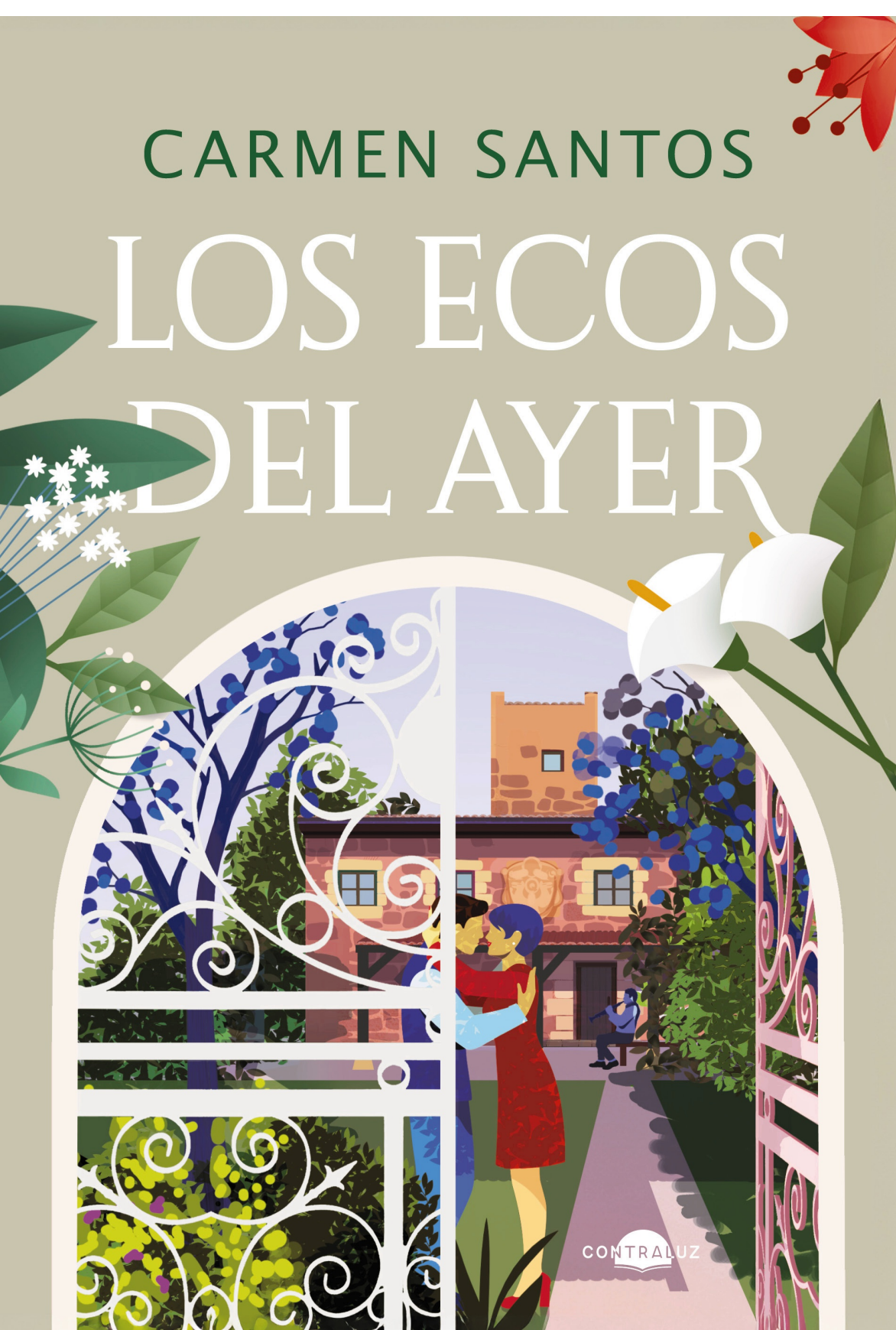
CARMEN SANTOS

LOS ECOS DEL AYER



CARMEN SANTOS

Los ecos del ayer

CONTRALUZ

Primera edición: mayo 2025

Ilustración de cubierta: Maite Niebla
Diseño de cubierta: Eva Mutter
Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

Copyright © Carmen Santos Sacristán, 2025
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2025
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.com

ISBN: 978-84-19822-77-2
Depósito legal: M. 4996-2025
Printed in Spain

A mis chicos de oro,
como siempre.

A Nati, mi suegra,
cuyos recuerdos manchegos
inspiraron esta novela.

Prólogo
El mal de ojo

«Aumente el trabajo: crezca la labor; hierva la caldera».

Macbeth
WILLIAM SHAKESPEARE

1

Hubo quien echó la culpa al mal de ojo. Los maleficios tienen esas cosas. De no ser así, el abuelo habría abandonado este mundo a lo grande. Como correspondía a un general que luchó por la patria. No atragantándose con la cáscara de un langostino mal pelado, que además de asesina era minúscula. Del tamaño de una guija, dijeron en el pueblo durante el mes de enero. No, más pequeña aún, murmuraron en febrero. Como una pulga que se le atravesó al viejo en las vías respiratorias aquella Nochebuena del setenta y le despachó sin piedad. La abuela culpó a la Visi. Porque era una *gandulona* y no barría bien bajo las camas. Y se había dejado esa microscópica membrana pegada al langostino más grande. El que reservaron para el abuelo y le dejó hecho un ovillo amoratado bajo la mesa llena de manjares. La abuela dijo que la Visi había matado a su marido porque era una *penchajo* y solo pensaba en hacer risas con los gañanes. Después de todo lo que habían hecho por ella, que la recogieron en el arroyo. Y es que por la caridad entraba la peste. Y la cabra siempre tiraba al monte.

A don Emiliano Quesada le chiflaban los langostinos. Mucho más que el pavo en salsa, o el lomo recién sacado de la orza, o el turrón de Alicante que ya no podía masticar. Los langostinos eran tiernos como el agua. Casi se deshacían

entre la lengua y los dientes postizos, indignos de un valiente que sacrificó un brazo por la patria. Los crustáceos que Antonio traía de Valencia todas las Navidades en una nevera portátil le hacían olvidar las llagas de la dentadura postiza. Cuando la Visi colocaba la bandeja encima de la mesa, el anciano levantaba el ejemplar de carne más sonrosada y exclamaba: ¡Por la mitad de esto, más de uno habría dado un brazo en la batalla del Ebro! Los niños creían que su abuelo había canjeado en una trinchera el brazo izquierdo, ese vacío sustituido por la manga hueca que la abuela le recogía con un imperdible a la altura del hombro, a cambio de una fuente llena de sapillos como los que su padre compraba cada año en el Mercado Central.

Mucha gente dijo que, si el abuelo no se hubiera atragantado con esa escama del tamaño de una pulga, otro gallo les habría cantado a sus descendientes. Y si Antonio hubiera sabido lo que iba a ocurrir por culpa de sus langostinos, quizá no habría ido al Mercado Central al punto de la mañana ni habría pagado un dineral por unos bichos que le repugnaban. Ni habría vuelto a casa echando el hígado por la boca para meterlos en la nevera playera con estampado de floripondios, cumplir el ritual de cargar las maletas en el «mil quinientos» y partir hacia Albacete por la carretera de Requena, desafiando curvas y placas de hielo, para que los niños acabaran vomitando el desayuno a la altura del desvío al Balneario de Fuentepodrida. De haber conocido el desenlace de aquella Nochebuena, sin duda, se habría ahorrado eso y unos cuantos duros.

Nada hacía presagiar el desastre cuando Antonio detuvo el «mil quinientos» ante el caserón solariego. Las vidrieras gemelas de la torre los miraron desde arriba. Dos ojillos multicolores que parpadeaban con malicia felina al ser acariciados por los rayos del sol. Los tres plataneros guardianes de la fachada mecieron al viento sus ramas calvas y susurraron una

bienvenida navideña. El coche apestaba a la vomitina de los niños. Marisa aún refunfuñaba, porque Santi había regurgitado sobre su hombro izquierdo. El chico se mareaba cada 24 de diciembre y su madre le regañaba sin parar. Incluso cuando la carretera se desanudaba para atravesar la llanura manchega como una flecha. A ver cómo iba a quitarse ese manchón pestilente, decía, si la abuela no tenía lavadora en el campo. Y la Visi le destrozaría la blusa, restregándole el bloque de jabón lagarto con sus manazas de rústica. Y a ver por qué no podían pasar las fiestas en el piso de Albacete, con su buena calefacción, y una lavadora como Dios manda, y la Telefunken, donde verían a Raphael cantando *El Tamborilero,* en vez de aguantar al baboso de Saturnino tocando el clarinete y morirse de frío en la casona como si fueran jornaleros. Antonio la apaciguó:

—Mujer, una vez al año no hace daño. Si solo son dos noches, por el abuelo. ¿No ves que está enfermo?

La abuela salió a recibirlos metida en la rebeca de lana gris. Dos vueltas de perlas le rodeaban el cuello de iguana. Como a la mujer del Generalísimo. Aunque doña Celia siempre se consideró mucho más guapa que Carmen Polo. Y una señora de casta. Por eso convenció a su marido para abandonar el caserón en 1963. «Los tiempos cambian, Emiliano. Ahora los señores viven en la ciudad. El campo es para las ovejas y esos brutos que no saben ni hablar». Así que se mudaron al palacete que la abuela había heredado de su familia. Erigido en el centro de Albacete, donde se concentraba la flor y nata de la Mancha. Poseía un frondoso jardín, cercado por una reja de hierro labrado que imitaba el entramado de hojas de una enredadera. Y las ventanas de los aposentos nobles miraban al parque de Abelardo Sánchez. Una joya arquitectónica de finales del siglo diecinueve. Una tacita de plata que, años más tarde, ya en el 67, una constructora les compró a cambio de

un montón de millones y un piso de doscientos metros cuadrados en el edificio que suplantó a la villa. Este tenía suelo de mármol, un dormitorio para el servicio junto a la cocina y chimenea en el salón. La abuela pensó que habían hecho un buen negocio. «Los tiempos cambian, Emiliano. Ahora los señores viven en buenos pisos con calefacción y baldosas de categoría», solía apostillar.

De la joya arquitectónica conservaron las rejas con ínfulas de hiedra. Las transportaron al campo en camioneta. Por honrar el recuerdo. Y es que el abuelo cortejó a la abuela en 1925 susurrándole galanterías a través de la enredadera de hierro fundido. En aquel tiempo, don Emiliano era un joven algo chaparro pero guapetón. Con ojos azules de gato siamés y el pelo rubio cortado al cepillo, tieso como un campo de trigo en flor. Aún andaba dotado de los dos brazos y sus respectivas manos, contra cuya agilidad las campesinas de la comarca prevenían a las hijas en edad de merecer. Los testigos del noviazgo entre don Emiliano y la señorita estirada de Albacete acabaron amontonados contra la pared del corral, cubiertos por los excrementos de las gallinas más saltimbanquis.

Saturnino fue el único al que disgustó la venta de la villa, pero nadie le tomó en serio. Quizá le habrían hecho caso de haber llegado a ser un buen otorrinolaringólogo como Antonio. O si se hubiera colocado de médico en un pueblo rico. Pero un golfo que se ganaba la vida tocando el clarinete en Madrid, no merecía voz ni voto. Y si aún se hubiera metido en una buena banda de música, solía matizar la abuela, como las que tocaban en la Feria y para el Corpus, o para festejar el 18 de julio, de artistas serios y decentes, se le habría consultado como a su hermano mayor. Pero, aunque fuera sangre de su sangre y le hubiera parido con inmenso dolor, su benjamín era un golfante. Igualito que el borracho de Gerardo, que viajó

a Cuba en 1917 y jamás llegó porque cayó por la borda cuando el trasatlántico entraba en el puerto de la Habana. Había testigos de que andaba algo bebido, se atrevió a informar el capitán en su carta de pésame; al parecer, otro pasajero le había visto sacar la cabeza por encima de la barandilla, vomitar entre horribles estertores y caer al agua, donde se hundió de inmediato. Una terrible desgracia «que estaba de Dios». Cuando Saturnino partió para Madrid con el clarinete bajo el brazo, la abuela lamentó que su segundo hijo llevara la sangre del tío beodo que no llegó a ver Cuba. Por eso no le pidió su opinión cuando vendieron la villa.

La mañana del 24 de diciembre de 1970, doña Celia puso el grito en el cielo nada más ver a los niños. Tan amarillos y ojerosos. Oliendo a letrina. Como Saturnino cuando volvía de sus correrías juveniles abatido por el mal de la vid. Ordenó que los chicos pasaran a la cocina. La Visi les serviría un colacao con magdalenas, como Dios manda. Los niños se dejaron besar por la abuela y corrieron en busca de la sirvienta. Doña Celia repasó de reojo a su nuera. Tan lánguida y moderna, con el hombro izquierdo cubierto por una mancha marrón del tamaño de una reineta. Sin perlas alrededor del cuello y sonriéndole con incisivos de resignación. No era de extrañar que sus nietos parecieran venidos de Biafra. Las mujeres jóvenes no servían para criar. Se les escapaba la fuerza en caprichos.

Antonio sacó la nevera portátil del «mil quinientos». Se acercó a doña Celia. Le besó las mejillas de pergamino.

—¿Y padre?

La abuela suspiró. Desde que su marido enfermó del corazón, había reunido una variada colección de suspiros. Dijo que padre reposaba junto a la chimenea. Tenía un poco de frío.

«No me extraña —pensó Antonio—, con lo que está cayendo».

—¡Voy a enseñarle los langostinos!

Subió los tres escalones de granito que llevaban al porche, donde se estaba fresco en verano y en invierno se helaban hasta los fieros leones representados en los azulejos de la pared. Doña Celia se obligó a ser amable con su nuera, que encima venía en pantalones como si fuera un pastor de ovejas.

—¡Marisa, querida! Estás guapísima, como siempre.

«Marisa querida» le acercó la mejilla, resignada a pasar otra Nochebuena siberiana, con el vetusto gramófono escupiendo villancicos y el pelmazo de su cuñado soplando *Pequeña flor* en el clarinete.

Don Emiliano dormitaba junto a la chimenea del salón, arropado por una manta a cuadros escoceses. Andaba resentido con la vida por haberse portado con él como una furcia, legándole esos dientes inútiles a cambio del brazo que sacrificó por la patria. La voz de su primogénito interrumpió el rencoroso rumiar.

—¡Padre, traigo unos langostinos que se va usted a chupar los dedos! —Antonio depositó la nevera portátil a los pies del patriarca. Abrió la cremallera con aprensión. Odiaba esos saltamontes. Cada vez que los miraba a los ojos saltones, recordaba cómo le esquilmaba cada año la pescatera gorda y malhablada del Mercado Central. Todo porque en el 65 se le ocurrió regalar a su padre una docena, cuando empezó a ganar buen dinero extirpando vegetaciones y anginas a los niños que caían en su consulta. A los viejos les daba uno un dedo, pensó, y le arrancaban hasta el hombro.

Don Emiliano levantó los párpados.

—¡Preciosos! —exclamó—. En el frente, más de uno habría dado el brazo derecho por el más pequeño.

—¿Cómo vamos, padre?

—Tirando, hijo, tirando. ¿Y los chicos?

Antonio informó del paradero de los niños. Cayó en la cuenta de que las criaturas deberían haber pasado a saludar al abuelo,

en lugar de hincharse de magdalenas con esa *burracona* de la Visi. Luego no comerían y doña Celia diría que sus nietos estaban secos como raspas de sardina.

—Ya sabes, las cosas de madre... —se excusó.

—Eso está bien —murmuró el abuelo—. El que come no hace gasto.

Desde que le fallaba el corazón, las palabras de doña Celia eran ley para él. Ella se había convertido en su enfermera. Su dama de compañía. Su cancerbero. A veces, don Emiliano sospechaba que su mujer disfrutaba vigilándole, como si él aún poseyera las dos manos y ganas de emplearlas tentando a campesinas lozanas a espaldas de su legítima.

En el primer piso, un clarinete desgranaba con pereza los acordes de *Solamente una vez.* «El haragán de Saturnino», pensó Antonio. Con los duros que invirtió don Emiliano en su interminable carrera de Medicina, para que ahora el insensato toque en tugurios infectos esa música de los negros que le ponía a uno los nervios de punta. Porque donde estuvieran Lucho Gatica o Los Panchos, incluso Machín, aunque fuera un moreno, que se quitaran todos esos *mandingos.*

De un tirón, Antonio cerró la nevera. Ya había mirado bastante rato a los sapos muertos. Entró doña Celia, seguida por Marisa. Antonio murmuró algo de llevarle los crustáceos a la Visi y abandonó a su mujer entre las manos temblonas del patriarca.

La comida fue frugal. La Visi había preparado gallina en pepitoria, una fuente con croquetas de pollo y ensalada de lechuga y tomate con rodajitas de cebolla. Doña Celia consideraba que el almuerzo de Nochebuena debía ser ligero. Igual que la cena. Porque de grandes cenas andaban las sepulturas llenas.

Marisa había sustituido la blusa manchada por un jersey blanco con cuello de cisne que resaltaba sus pechos juveniles.

«Indignos de una casada decente», rumió la abuela. «Asombrosos para una madre de dos hijos», dictaminó Saturnino. «Demasiado provocativos andando cerca el crápula de mi hermano», concluyó Antonio. El abuelo no opinó.

A la hora de la siesta, don Emiliano dormitó junto a la chimenea, arropado por su manta y por doña Celia. Antonio condujo a su mujer al dormitorio. El jersey de cuello vuelto le había despertado cierta comezón en la entrepierna que exigía ser aplacada sin dilación. De paso, echaría la bronca a Marisa por vestirse así, rondando cerca Saturnino. O mejor, le prohibiría comprarse esa clase de prendas. No podía permitir que su mujer pregonara así los siete años que él le llevaba. Últimamente andaba muy distante. La oía suspirar por las noches en la oscuridad del dormitorio conyugal. Gemidos que nada tenían que ver con el repertorio agrio de su madre. Sonaban como si a su mujer le faltara el aire. Si no fuera médico, habría sospechado que Marisa estaba enferma de los bronquios. O del corazón. Pero le constaba que su cónyuge tenía la salud de una manzana recién arrancada del árbol.

Marisa se dejó conducir hasta el gélido lecho, dócil como un corderito ignorante de su destino, si bien tras once años y medio de matrimonio adivinaba las intenciones de Antonio sin necesidad de mirarle a los ojos. Ahora sabía que su marido aludiría con severidad al jersey de canalé. Añadiría que, pese a su grandísima incorrección, le sentaba de cine. Alargaría una mano lerda. Le sobaría con torpeza los pechos indiscretos. Quizá un poco entre las piernas. Y ella se quitaría el pecaminoso suéter, los pantalones que tampoco hacían gracia a Antonio, la camiseta interior, el cruzado mágico y las bragas, para meterse en cueros bajo las gélidas sábanas, suplicando a Dios que a Antonio no le fallaran los reflejos. Ya le bastaba con criar a dos mocosos. No necesitaba otro. Y cuando Antonio acabara

su apresurada faena, Marisa le aborrecería un poquito más, porque, siendo médico, no era capaz de conseguirle esas pastillas que se usaban en el extranjero y que, según murmuraban las lenguas subterráneas, eximían a las mujeres del molesto deber de procrear.

Saturnino se retiró a su cuarto evocando las manzanitas que se abombaban bajo el jersey de su cuñada. Sorprendentes para una mujer de treinta y un años que había parido a dos hijos. Merecedoras, sin duda, de que empleara las manos en una tarea tan beneficiosa como tocar el clarinete. O más fructífera aún.

Isabel y Santi nunca dormían la siesta en Nochebuena. Les esperaba la Visi en la cocina, donde olía a humedad acumulada, a aire prisionero durante el resto del año, a la canela que emanaba de los rellenos recién hechos, al pan de Calatrava que volvía loco a Santi porque llevaba una base de magdalenas trituradas y se parecía un poco al flan, pero sabía aún mejor. También a hogazas frescas, cocidas esa mañana en el horno de piedra ubicado en la cocina de Remigio y Ángeles, el matrimonio que labraba las tierras de don Emiliano en arriendo y entregaba a su señorito cada año un cuarto de la cosecha. Ellos vivían con sus cuatro hijos en una extensión de la casa señorial, junto al gallinero y el corral de las ovejas. Por eso, en verano había tantas moscas revoloteando encima de la mesa camilla.

Ante la cocina económica, la Visi removía con una cuchara de madera dentro de una olla de aluminio grande y barriguda, igual que ella. A su lado, aguardaban los langostinos del Mercado Central. La criada se volvió al oír a los niños. Sonrió, mostrando con alegría de verdugo sus sonrosadas encías de percherona.

—¡Ahora vais a ver lo que hago con estos bichos tan feos!

Isabel y Santi se acercaron a contemplar el espectáculo. En la olla saltaban miles de burbujas, ansiosas por atrapar su

bacanal de crustáceos. La Visi levantó la fuente llena de ojos negros y abultados y arrojó a las víctimas dentro de las pompas expectantes. Con el cucharón colocado sobre los cantos de la olla, evitó que se desbordara la súbita espuma.

—¿Veis? En cuanto les sube la color hay que sacarlos, que se quedan como el esparto.

La cuchara siguió dibujando círculos en las burbujas. Isabel pasó la lengua por los labios, resecos del calor que desprendía la cocina. Tenía ocho años. A Santi le faltaban tres meses para cumplir los once. De haber sido mayores, quizá les habría dado por leer a Shakespeare y habrían captado lo mucho que se parecía la Visi a las brujas conjuradoras de *Macbeth.* Y a lo mejor, eso les habría alertado del final de los buenos tiempos. Pero los chicos devoraban las aventuras de *Mortadelo y Filemón*, el *Botones Sacarino* y *La Rue del Percebe.* Y no eran capaces de adivinar el futuro. Como tampoco lo era doña Celia. Ni sus padres, que en ese momento hacían uso del matrimonio. Y mucho menos el tío Saturnino, ocupado en explotar la habilidad de sus manos de músico.

Don Emiliano despertó a las cinco y media y reclamó la presencia de los niños. Sus nietos llegaron con las mejillas sonrosadas por el calor del caldero y dando mordiscos a los bollos que le habían sacado a la Visi. El patriarca les ordenó ponerse los abrigos. Deseaba mostrarles las tierras que, algún día, serían suyas.

Aparte de la renta de esa finca, su mujer y él obtenían pingües beneficios de otra cercana a la carretera de Hellín, la que correspondió a doña Celia cuando la muerte de Gerardo la convirtió en única heredera de una considerable fortuna y fértiles tierras. Pero don Emiliano amaba los campos que rodeaban a la Casa la Torre. Donde jugó de niño, donde jamás trabajó, en cuyos surcos nocturnos ejercitó sus manos con las jovenci-

tas rústicas que acudían a la recolecta de los ajos, y a donde llevó a su estirada esposa en 1928.

Doña Celia intentó quitar a su marido tan infausta idea de la cabeza. Dentro de nada oscurecería. ¿Es que quería coger una pulmonía en Nochebuena? Él no flaqueó. Pidió su gabán. La abuela suspiró y fue a buscar el abrigo de su esposo.

El abuelo cruzó con los nietos la acequia cantarina que pasaba por delante de la casa. Enfilaron el camino de la era bajo un débil sol invernal. Isabel iba agarrada de la mano derecha del patriarca. Santi caminaba a su izquierda, sin agarrarse a él; para eso era el mayor. Además, en ese lado no había mano que prender. Los niños intercambiaron miradas furtivas por detrás del abuelo. Habrían preferido seguir en la cocina. Poco antes de que les llamaran, había llegado Ángeles para dar su toque inconfundible al pavo. Y, como todas las Navidades, la habían oído chismorrear con la Visi sobre el hijo que el tío Saturnino tenía escondido en el pueblo y del que nadie osaba hablar en voz alta.

En la explanada, un arado peinaba con sus pinchos las ráfagas de viento gélido. El tractor desafiaba a la ventolera sobre enormes ruedas manchadas de terrones. A Santi le hizo pensar en los paquidermos locos de *La senda de los elefantes*. Era Remigio quien hurgaba en las entrañas del mastodonte azul. Al sentir la presencia de su señorito y los niños, levantó la cabeza. Trazó una sonrisa cejijunta bajo la calva.

—Buenas tardes, don Emiliano. ¿Cómo vamos hoy?

—Bien, vamos bien —gruñó el interpelado. Le molestaba que el campesino robusto preguntara por su salud con esa cara de cuervo. La culpa la tenían los dientes postizos.

La gente perdía el respeto a quien masticaba con dentadura de quita y pon.

—¡Cómo han crecido los chicos! —se admiró Remigio.

El patriarca no respondió. Condujo a sus nietos a donde empezaba el bancal. Soltó la mano de Isabel. La niña llevaba la nariz como un pimiento morrón. Un hilillo transparente manaba desde el orificio izquierdo. Su boca se abrió. La lengua asomó, trepó por el labio superior y barrió el agüilla en un santiamén. Santi sorbió mocos con estruendo. Don Emiliano se agachó, maldiciendo el doloroso crujir de rodillas y a su furcia e ingrata vida. Hundió sus únicos cinco dedos en la masa, esponjosa como un bizcocho porque había llovido la noche anterior. Cuando consiguió enderezarse portaba en la mano un puñado de tierra. Lo puso ante la nariz de Santi. Le miró con gravedad.

—¡Huele...! La vida está aquí, en la tierra.

El niño apartó la cara. Estornudó con generoso despliegue de mocos. Don Emiliano suspiró decepcionado. Sus nietos estaban echados a perder. Por culpa de la madre, que no tenía nervio para criar. Abrió los dedos y dejó que el viento esparciera la tierra al lugar que le correspondía. Ya valía de pasear con esos remilgados. Añoraba su manta de cuadros, el bailoteo de las llamas dentro de la chimenea, un vaso de leche caliente. Recordó los langostinos. A esa hora, la Visi ya los habría pelado y colocado sobre la bandeja de plata. El patriarca se relamió y llevó a los niños de vuelta al camino. No se despidió de Remigio.

Cuando llegaron a la casona, no quedaba huella del letargo de la siesta. Doña Celia había dado orden de poner la mesa. El tablero quedaba oculto bajo un mantel bordado de color marfil. Ángeles y la Visi transportaban vasos, cubiertos y platos, fustigadas por las órdenes de la matriarca, que vigilaba el tráfico mientras manoseaba las Majoricas. Marisa había sustituido el impúdico jersey por un blusón de tela gruesa lleno de colorines, que disimulaba los pechos y le tapaba el trase-

ro. Ya no sonreía. De vez en cuando, lanzaba miradas asesinas a Antonio, que fumaba junto a la chimenea y se retorcía en el butacón cada vez que le alcanzaba un proyectil de furia. Solo Saturnino andaba de buenas con la vida. Apoyado contra la alacena donde había montado el belén esa mañana, desmembraba *Pequeña flor* con el entusiasmo de los ruidosos negros que tanto aborrecía su hermano. Estaba impaciente por mostrar a sus sobrinos los dos pastorcillos recién traídos de Madrid que escandalizaron a la abuela, porque uno defecaba en cuclillas con el culo al aire y el otro meaba un hilillo de nailon, plantado con las piernas abiertas junto a un espejo disfrazado de lago. Lástima que su cuñada hubiera cambiado el delicioso jersey por un blusón con estampados *op-art,* que le dejaba a uno los ojos haciendo chiribitas. Eso debía de ser obra de su hermano; ya de pequeño daba muestras de mojigatería y mal gusto.

Doña Celia corrió a quitar el gabán a su esposo. A cambio, le puso la bata. Dobló la manga hueca del abuelo y la pinzó con un imperdible a la altura del hombro. En ese momento, le asaltó la imagen de un joven chaparro pero guapetón, que le susurraba lindezas picantonas a través de una reja de hierro, forjada a imagen y semejanza de una enredadera. «No somos nadie», suspiró para sus adentros. Y corrió a supervisar a la Visi y Ángeles. No se fiaba de ninguna de las dos.

Los pastorcillos de Saturnino despertaron el regocijo de los niños, que miraron embelesados al pariente de quien los mayores siempre hablaban con reprobación, como si hubiera hecho algo más ignominioso aún que traer pastorcillos absortos en menesteres fecales. A ellos su tío no les parecía tan malo. Solo algo raro, porque el pelo ondulado le tapaba las orejas y nunca llevaba traje. Y tocaba con el clarinete canciones que no ponían por la radio, ni cantaba nadie en la tele.

A las ocho, doña Celia conminó a los presentes a sentarse a la mesa. Saturnino dejó el clarinete junto al belén. Consciente de su obligación anual, eligió entre los discos de baquelita uno de villancicos. Lo colocó sobre el viejo gramófono. Cuando la Visi llegara con la fuente de plata cubierta de langostinos gigantes, le tocaría dar cuerda al armatoste, colocar la aguja sobre el disco castigado y aburrirse soberanamente comiendo crustáceos mutilados a los que no podría ni chupar la cabeza. Lástima que su cuñada llevara ese blusón que le dejaba a uno bizco. Adivinar los contornos de sus manzanitas a través del canalé le habría resarcido de tanto tedio.

Doña Celia condujo a su marido hasta el extremo de la mesa próximo a la chimenea. El patriarca se sentó. Los demás ocuparon sus sillas. Solo Saturnino aguardó de pie junto al gramófono. Su madre le hizo un guiño. Él dejó caer la aguja sobre el disco. Giró la manivela con ímpetu. Un coro de niños que a esas alturas ya debían de tener nietos rompió a cantar «en el portal de Belé-é-n hay estrellas, sol y luna…». Saturnino se sentó entre Antonio y su madre. Irrumpió la Visi, luciendo las encías de yegua. Sus manos enrojecidas transportaban la bandeja repleta de langostinos decapitados y sin cáscara. Colocaron el festín ante don Emiliano. Su mujer aisló el ejemplar más gordo. Se lo tendió entre las grietas de su sonrisa. Don Emiliano exclamó:

—¡Por menos de esto, más de uno habría dado un brazo en la guerra!

Se llevó el langostino a la boca. Los niños abuelos del gramófono cantaban «Ande, ande, ande, la marimorena, ande, ande, ande que es la Nochebuena...». El anciano mordió su caballo de Troya. Al tragar, sintió que algo le raspaba en la garganta. Tosió para expulsar el cuerpo extraño. En vano. Cada estertor empujaba el intruso otro milímetro más hacia las vías respiratorias.

Como un desafío. O el cumplimiento del destino que cada cual lleva escrito en el libro de su vida. Los demás vieron, sin alarmarse, cómo el abuelo intentaba tragar y emitía una tosecilla leve. Se asustaron al convertirse la tos en un racimo de espasmos. Y estos en estertores violentos. Y la cara del anciano en una amapola en flor. Cuando se tiñó como las violetas que vendía Sara Montiel en su película más famosa, el cuerpo se escurrió de la silla para desplomarse bajo la mesa, hecho un ovillo del que solo sobresalía la mano aferrada al langostino homicida.

Y se armó la marimorena.

Antonio fue el primero en reaccionar. Saltó de la silla. Se inclinó sobre el ovillo amoratado. Le rodeó el tórax en un abrazo y lo apretó con todas sus fuerzas. Pronto constató la inutilidad de su empeño. Volvió a colocar el cuerpo sobre las baldosas.

Presionó pulgar e índice contra el cuello de ababol en busca del pulso ya extinguido.

Saturnino cayó en la cuenta de que había estudiado Medicina durante ocho años. Hincó las rodillas junto al cuerpo inerte del viejo. Cogió entre sus dedos la única muñeca, rastreando de nuevo, en vano, los latidos. La mirada se cruzó con la de su hermano. Los dos sabían que su padre acababa de morir atragantándose en esa casona gélida con medio langostino pelado y sin cabeza.

Doña Celia había observado boquiabierta el incidente. Primero pensó que su marido y sus hijos se habían vuelto locos. Hasta que comprendió lo que había pasado. Siempre se tuvo a sí misma por una mujer de temple, pero aquella noche solo pudo abalanzarse sobre la berenjena que de joven la cortejó con galanterías subiditas de tono para increparle por dejarla sola sin haber tenido el detalle de avisar.

A Marisa le dio por correr hacia el gramófono y dejar sin voz a los niños cantores. Buscó a sus hijos con la mirada. No

los encontró. La Visi los había arrastrado fuera del salón nada más percatarse de la situación. Aun así, no pudo evitar que la imagen de la berenjena enroscada se adhiriera para siempre a la memoria de Isabel y Santi.

Las exequias del patriarca se celebraron en cuanto un amigo forense de Antonio ratificó la causa del fallecimiento. Un minúsculo residuo de cáscara del langostino gigante, tan minúsculo como una pulga, había invadido las vías respiratorias de don Emiliano, provocándole el atragantamiento que desembocó en ataque cardiaco. Una terrible desgracia enviada por Dios, según el obispo que ofició las honras fúnebres en la catedral de Albacete. Cosa de mal de ojo, sentenciaron en el pueblo.

La abuela vagó durante días como un espectro por el piso con vistas al parque de Abelardo Sánchez. Nada más recuperar el temple del que llevaba jactándose desde jovencita, anunció que jamás volvería a pisar la Casa la Torre. Y que la Visi había matado a su marido porque era una *gandulona* que no barría bajo las camas y que solo pensaba en hacer risas con los gañanes. Y todo después de que la hubieran recogido en el arroyo. Y es que la cabra siempre tiraba al monte. Y por la caridad entraba la peste. Echó a la Visi con gran aspaviento. Nadie de la familia volvió a ver jamás sus encías de yegua.

Los del pueblo vaticinaron que ningún Quesada se salvaría del mal de ojo. Porque los maleficios tenían esas cosas: pequeñas causas desencadenaban grandes desgracias. Y, si estas pudieran ser evitadas, la gente las evitaría sin lugar a dudas.